





# EL AÑO I DE LA REVOLUCIÓN RUSA



Colección Básicos del Socialismo

# EL AÑO I DE LA REVOLUCIÓN RUSA

---

*Victor Serge*

*Ediciones* 

Serge, Victor

El año I de la Revolución Rusa / Victor Serge. - 1a ed. -  
Buenos Aires : RyR, 2011.

594 p. ; 17x12 cm.

Traducido por: Tomás Segovia

ISBN 978-987-1421-41-1

1. Historia de Rusia. 2. Revolución Rusa. I. Serge, Victor  
II. Tomás Segovia, trad. III. Título  
CDD 947

©CEICS-Ediciones ryr, 2011, Buenos Aires, Argentina

Queda hecho el depósito que marca la ley 11723

Printed in Argentina- Impreso en Argentina

Se terminó de imprimir en Pavón 1625, C.P. 1870.

Avellaneda, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Primera edición: Ediciones ryr, Buenos Aires, marzo de 2011

Responsable editorial: Gonzalo Sanz Cerbino

Diseño de tapa: Sebastián Cominiello

Diseño de interior: Agustina Desalvo

[www.razonyrevolucion.org.ar](http://www.razonyrevolucion.org.ar)

[editorial@razonyrevolucion.org.ar](mailto:editorial@razonyrevolucion.org.ar)

## Una mirada al futuro

Fabián Harari

“Para todo lo que vivíamos, era para la actividad integrada a la historia; éramos intercambiables; podíamos ver inmediatamente la repercusión de los asuntos en Rusia sobre los asuntos en Alemania y en los Balcanes; nos sentíamos ligados a nuestros camaradas, quienes, en búsqueda de los mismos fines que nosotros, perecían o alcanzaban algún éxito en la otra punta de Europa. Ninguno de nosotros tenía, en el sentido burgués de la palabra, alguna existencia personal: cambiábamos nuestros nombres, nuestros puestos y nuestros trabajos, de acuerdo a las necesidades del Partido; teníamos suficiente con vivir sin premuras materiales reales, y no estábamos interesados en hacer dinero, seguir una carrera, dejar una herencia literaria o un nombre detrás nuestro; solamente estábamos interesados en el difícil trabajo de alcanzar el socialismo.”

Víctor Serge,

*Memorias de un revolucionario*

“Los materiales de que se vale un escritor para componer sus relatos no los saca de su cabeza. Los saca de la vida [...] Aquel que vivió poco o nada, poco o nada tiene para decir, aunque se pase la vida evacuando tinta. Sólo los que tienen historia pueden escribir historias [...] Y el mérito más grande de Víctor Serge, a mi juicio, consistía justamente en eso. Era un hombre, un hombre bien estructurado, que sufría y se apasionaba por todas las cuestiones del hombre y de la sociedad y que solamente tomaba la pluma cuando no le era dado empuñar un fusil para cumplir con el compromiso que había contraído voluntariamente...”

Elías Castelnuovo

El libro que presentamos es indisociable de la vida del autor, quien fue protagonista de estos hechos y cuya obra, que aquí tiene el lector formó parte del combate que emprendió por las ideas revolucionarias. Tempranamente, en 1925, Serge decide realizar una cruda y descarnada historia de la primera revolución socialista que tomó el poder. A la luz de los hechos relatados, puede apreciarse la magnitud de la tarea que tomó a su cargo el partido bolchevique. La trayectoria del autor explica la educación y el desarrollo de los cuadros revolucionarios. Esta obra es el producto de ese proceso en el que una generación fue creada para cambiar el mundo.

### **“Pensarás, lucharás y tendrás hambre”: un resumen de la vida de Víctor Serge**

Su verdadero nombre era Víctor Lvovich Kibálchich. Su padre fue un suboficial de caballería, simpatizante con el partido *Narodnaya Volia (Voluntad del Pueblo)* que se lanzó a formar una organización militar en el sur de Rusia, destruida en poco tiempo. Debíó emigrar. En Ginebra conoció a quien sería su mujer y madre de Serge, una hija de pequeños nobles polacos peterburgueses. Serge nació en 1901, en Bruselas, mientras sus padres recorrían Europa intentando dar con el pan cotidiano y buenas bibliotecas. Siendo niño, sufrió la muerte de su hermano menor a causa de la mala alimentación que sufrieron durante los primeros años en Bélgica.

Fue aprendiz de fotógrafo, mozo de oficina, dibujante y técnico en calefacción central. A los 15 años, conformó un grupo anarquista con cuatro amigos, luego de un breve paso por el socialismo reformista. Eran todos jóvenes obreros, con poco tiempo libre y poco dinero para disfrutarlo. En esa época, Bélgica asistió a varios experimentos comunitarios como el de Émile Chapelier y Fortuné Henry. Serge y sus amigos se unieron al proyecto de vivir en comunidad. Estas comunidades se arruinaron en poco tiempo por

falta de recursos. Serge no podía encontrar trabajo y la ciudad le era hostil: “Nos negábamos a comprender a esa ciudad a la que llamábamos ‘ese pantano’, donde no hubiéramos podido cambiar nada, ni siquiera dejándonos matar todos en las plazas”, recordaría años más tarde.<sup>1</sup>

Viajó a Lille y de allí a París. Muchos anarquistas se volvieron hacia la “revolución en uno mismo” (vegetarianos, comunitarios) o al “vivir en el margen” (huidas al campo). Otros terminaron en la delincuencia y se mataron antes de ser apresados. Serge, encontró trabajo como dibujante en una fábrica de máquinas. Diez horas de trabajo que, con el viaje, se hacían doce y media. Al volver a su casa, pasaba por la biblioteca Sainte-Geneviève “con un cerebro cansado que ya sólo funcionaba a medias”. Tomaba alcohol para leer, pero a la mañana siguiente se olvidaba de todo. Por lo que decidió abandonar ese trabajo embrutecedor, instalarse en una buhardilla de hotel y dar clases de francés a los estudiantes rusos. “Más valía morirse un poco de hambre leyendo en el jardín de Luxemburgo, que comer a satisfacción dibujando bielas hasta no poder ya pensar en nada.”, se dijo a sí mismo.<sup>2</sup> Se dedicó también a la traducción de novelas y poesías del ruso al francés.

Serge fundó, cerca del Barrio Latino, un círculo de estudios llamado *La libre investigación*, que se reunía en el piso superior de una cooperativa socialista. También dirigió el periódico *La Anarquía*. La crisis del anarquismo llevó a varios intentos desesperados de sus compañeros. La policía no tardó en dar con él y fue arrestado. Se negó a denunciar a sus camaradas y pasó quince meses en la cárcel, donde inició estudios serios. Su causa se elevó a juicio, junto con la de 20 anarquistas más. Varios fueron condenados a muerte. Otros, a cadena perpetua. Serge recibió cinco años.

---

<sup>1</sup>Serge, Víctor: *Memorias de mundos desaparecidos (1901-1941)*, Siglo XXI, México, 2002, p. 17.

<sup>2</sup>Ibidem, p. 25.

La cárcel fue una verdadera pesadilla, destinada a quebrar la voluntad de los hombres y a fabricar malhechores y desechos humanos. Se prohibía allí toda actividad intelectual. Sólo una minoría mantenía su dignidad y su capacidad de vivir. Serge fue uno de ellos. Conoció a un abogado que había logrado, a fuerza de corrupción, formar una buena biblioteca en su celda. “Desde el momento en que podíamos aprender y pensar, podíamos vivir, y valía la pena vivir. La lenta tortura se mellaba contra nosotros”. Llegaron las noticias de la Revolución Rusa y Serge vio una luz en el horizonte, pero el clima patriótico en París era irrespirable. Por lo tanto, partió para Barcelona. En la ciudad catalana trabajó en una imprenta donde montó un pequeño sindicato. Escribió su primer artículo firmado como “Víctor Serge”, en *Tierra y Libertad*.

Meses después de la Revolución Rusa, Barcelona comenzó a sentir el espíritu insurreccional. La CNT llamó a la huelga revolucionaria a través de un Comité Obrero y pactó con la burguesía catalana la caída de la monarquía de Alfonso XIII. Conoció allí a Salvador Seguí. Con él, Serge siguió las negociaciones entre el Comité Obrero y la burguesía catalana, que pretendía conseguir la autonomía. Seguí era optimista en cuanto a la fuerza del proletariado para sobrevivir a esa alianza. Serge señalaba que se estaban traicionando de antemano. No se planteaban la cuestión del poder abiertamente, no sabían qué harían si tomaban la ciudad. Serge anticipaba una reedición de la experiencia de la Comuna: héroes y mártires por millares, pero ninguna cabeza; masas rebosantes de energía, arrastradas por un idealismo confuso. El 17 de julio, el proletariado intentó tomar la ciudad y fue duramente reprimido por la guardia burguesa, en una de las más importantes derrotas del movimiento obrero catalán.

Harto de discusiones estériles con sus compañeros, pidió pasar a Rusia. En París, le negaron el salvoconducto. Se mantuvo con las tropas rusas que habían quedado en Francia y cuya mayoría de oficiales se declaraba partidaria de los socialrevolucionarios. Serge

no conocía exactamente las posiciones bolcheviques, pero al ser interrogado explicó que creía que los campesinos deberían tomar la tierra y los obreros la fábrica, con o sin Asamblea Constituyente, y que, lógicamente, debía ponerse fin a la guerra. Sin saberlo, estaba defendiendo aquel programa. Para mantenerse, trabajó en una imprenta en el bulevar Port-Royal y se dedicó a la historia del arte. Al poco tiempo fue detenido por sus ideas y enviado a un campo de concentración en Précigné.

En ese encierro, conoció a muchos revolucionarios bolcheviques y formó un grupo revolucionario con quince militantes y veinte simpatizantes. Cuando la gripe española atacó el campamento, el grupo de Serge no tuvo un solo muerto: su solidaridad les permitía comer mejor que los otros y se negaron a llevar a los que parecían perdidos a la morgue. La fuerza moral de los compañeros y una razón para vivir realizaron milagros: “adquirí sobre la medicina nociones presentidas. Terapéutica esencial en los casos más graves: alimentar y reconfortar. Dar Confianza: nunca te abandonaremos, viejo, resiste”.<sup>3</sup> Las reuniones y los estudios nunca se interrumpieron. Al estallar la guerra civil en Rusia, la Cheka detuvo al cónsul británico y a la misión militar francesa. Chicherin reclamó la liberación de Litvinov, encarcelado en Londres y de los “bolcheviques” internados en Francia; o sea, Serge y su gente, que pudieron pasar a Rusia.

San Petersburgo era una ciudad rodeada por el hambre. Gorki lo puso a trabajar en las ediciones de “Literatura Universal”, pero sólo encontró a intelectuales que trataban de evadirse de la realidad traduciendo a Boccaccio y Balzac. Así, tomó la decisión de apoyar a los bolcheviques, pero evitar la “carrera revolucionaria”. Comenzó colaborando con la *Severnaya-Kommuna* (*La Comuna del Norte*), el órgano del Soviet de Petrogrado e instructor de los clubes de Instrucción Pública. Como faltaban hombres, lo abrumaron de

---

<sup>3</sup>Ibídem, p. 67.

trabajo. Apenas podía vivir. Los milicianos, a quienes enseñaba por la noche, solían regalarle, como gratitud, algo de pan negro y un arenque para que tuviera qué llevar al plato. Al terminar la clase, lo acompañaban a su casa para que no fuese asaltado.

Zinoviev había asumido en el Ejecutivo de la IIIª Internacional, pero no tenía personal. Le ofreció a Serge organizar los servicios, junto a Vladimir Ossipovich Mazín. Fueron, ellos dos, durante esos primeros tiempos, nada menos que el Ejecutivo de la IIIª Internacional. De temperamento similar, acostumbrados al trabajo duro, trabaron gran amistad política y personal. Gracias a ese empleo, Serge pudo adquirir sus primeras ropas decentes.

Serge cumplía una multitud de funciones. Entre ellas, dirigir el servicio de lenguas latinas de la Internacional y sus ediciones, comprar armas a Finlandia, seleccionar los materiales útiles del archivo de la Ojrana y destruir el resto, para que no cayera en manos enemigas. Pasado el peligro, Serge fundó con Gorki, el historiador Schegolev y el veterano Novorusky, el primer Museo de la Revolución. Contaron, para ello con una gran parte del Palacio de Invierno. Por su parte, continuó estudiando los archivos de la Ojrana. Los mecanismos de la represión constituían un conocimiento para militantes de otros países. También sirvió para descubrir agentes infiltrados en el interior y en el exterior. Curiosamente, encontró historias de los partidos revolucionarios muy bien escritas por los jefes policiales y, de hecho, decidió publicarlas porque eran las únicas que había.

En enero de 1920, Lenin decidió llamar al IIº Congreso de la Internacional. Serge, por su manejo de diferentes lenguas, tuvo que encargarse, prácticamente sólo, de todas las cuestiones administrativas.

Editaba la revista de la Internacional, en varios idiomas, mientras traducía al francés *Terrorismo y comunismo*, de Trotsky.

El estado de sitio se había instituido dentro del partido mismo, que era gobernado cada vez más de arriba hacia abajo, por

administrativos, arribistas y aventureros que llegaron en masa, colocándose interesadamente del lado del poder, sin abrir la boca. Para Serge, el único remedio era “la dictadura no proclamada de los viejos, de los sinceros, de los probos de la Vieja Guardia”. En Kronstadt decidió no combatir contra los marinos, participando del comité de mediación junto a otros anarquistas norteamericanos, después detenidos. Luego de la represión, dudó entre renunciar o continuar en el partido, pero se quedó. Entre sus razones, ponderó la situación que sufría Rusia y las relaciones de fuerza entre las clases y sus partidos.

Serge resistió también una tendencia hacia la desmoralización que se apoderaba del partido elaborando un balance y una salida: la revolución y el partido mostraban signos de agotamiento. Los dirigentes obreros formados en antiguas luchas estaban literalmente diezmados. El partido se engrosaba con arribistas recién llegados cuya única preocupación era el poder y una mejor posición. Primaba en ellos la obsecuencia y la intriga. Elementos preparados para cambiar de posición según la relación de fuerzas y, por lo tanto, poco confiables. Lenin aludía a todos ellos como “toda esa canalla soviética”. Serge adquirió un verdadero sentido del deber. No parecía posible recomponer el partido en lo inmediato. Era lo que había. Si la dictadura bolchevique caía, el resultado sería la reacción. Lenin había dicho, en privado: “Esto es Termidor. Pero no nos dejaremos guillotinar. Haremos nuestro Termidor nosotros mismos”. Lo cierto era que el proletariado ruso estaba agotado y la salvación sólo podría venir de Occidente. Por lo tanto, había que trabajar para formar un movimiento obrero en Europa, capaz de sostener la revolución y, algún día, sustituirla en su dirección. “Si el peligro estaba en nosotros, la salvación también debía estar en nosotros”.

A fines de 1921, fue a Berlín a organizar la actividad ilegal. Allí se respiraba un clima de fin del mundo. Las empresas, las mujeres y los hombres se vendían al mejor postor. Nadie creía en el porvenir

y pocas personas en el bien público. La observación del cuadro alemán hacía perdonar la dureza y los errores soviéticos.

Allí trabajó en la redacción del *Inprekorr*, agencia de prensa del Ejecutivo de la Internacional Comunista, que se publicaba en tres lenguas (alemán, inglés y francés). Las cabezas de la redacción del *Inprekorr* eran, según su opinión, “una impresionante nulidad”. Julius Alpari (ex funcionario de los soviets de Hungría), Bartz y Walter Ulbricht (ambos diputados del Landtag de Prusia) se destacaban por su conformismo, su ánimo puramente administrativo y el temor a la toma de decisiones. Estaba vigilado y sólo podía mostrarse esporádicamente en la delegación soviética. También Radek estaba allí para organizar la revolución.

En Alemania, Serge va a disentir con el manejo de la situación por la Internacional. Serge escribió que si la iniciativa del partido no iba unida a la acción espontánea de las masas, la insurrección sería vencida. Efectivamente, la tensa espera que impuso el PC terminó por relajar y resignar el ánimo de las masas. El grueso de la población no se comprometió y la represión triunfó. Ante la dictadura de Von Seeckt y la negativa de la embajada soviética de prestarle ayuda, Serge partió con destino a Praga. Allí se encontró con Andrés Nin, secretario de la Internacional Sindical Roja, quien le informó que Lenin iba a morir. De Praga pasó a Viena. Allí comenzó a interesarse por la construcción de una Federación balcánica, por la que militaban las más diversas orientaciones. En Viena conoció a varios intelectuales valiosos, entre ellos a Antonio Gramsci y a Georg Luckács. En 1925, a pesar del optimismo de los comunistas austríacos, Serge escribió sobre el peligro fascista. Escribió también denunciando el terror patronal en España y el blanco en Bulgaria.

Serge volvió a Rusia y tomó partido por la Oposición de Izquierda en momentos particularmente difíciles: Lutovinov (organizador de los metalúrgicos) y Glazman se suicidaron. Lo mismo hizo Evguenia Bogdanovna Bosch (jefe, junto a Piatakov, del primer gobierno soviético en Ucrania) y Esenin (el gran poeta). No

son los únicos que perdieron la esperanza ante un partido que no los dejaba servir. La tasa de suicidios sube y la Comisión Central de Control se ve forzada a reunirse. Leningrado sufre al menos quince suicidios por día. Comienzan a aparecer los escritores conformistas y corrompidos, que pretenden ganar dinero y fama sobre la base de la expansión editorial del Estado.

Su militancia en la oposición de Leningrado lo lleva a juntarse con Karpov, Iakovin, Dingaelsaedt, Alexandra Lvovna Bronstein (primera mujer de Trotsky), Baskákov, Chadáiev y el pintor Filonov. Cada uno se especializaba en algún estudio en particular. Serge, por su parte, tomó a su cargo las cuestiones internacionales. Por el momento, escribían y editaban libros, tal había sido la orden del “viejo” (Trotsky). Chadáiev se reveló como el más lúcido de ellos, dedicado a las cuestiones agrarias, expuso su tesis de la colectivización de la agricultura y las formas de realizarlas. Fue el único que vislumbró que, en algún momento, se iba a tener que fundar un segundo partido. Fue, también, el primero en desaparecer. Las masas eran indiferentes a los debates, querían vivir en paz. Serge estaba seguro, en su fuero interior, de la derrota de la oposición. Sin embargo, había decidido luchar hasta el final. Sólo el cumplimiento del deber asegura el legado a las nuevas generaciones. Además, mientras hubiese una oportunidad, aunque más no sea una entre mil, había que poner en ella el mayor de los esfuerzos. “Hay siempre un riesgo que correr –le había dicho Trotsky-. Uno termina como Liebknecht y otro como Lenin”.

El 16 de noviembre de 1927 se expulsó a Trotsky y Zinoviev del Comité Central. En el XV Congreso, se amenazó a la oposición de expulsarla en su conjunto, amenaza que tuvo como consecuencia la capitulación de Zinoviev y Kamenev. Trotsky fue deportado a Alma-Ata, reuniéndose con Serge antes de partir aconsejándole emigrar ilegalmente a París, para hacerse cargo en el periódico *Contra la corriente*, que publicaban dos de sus contactos, Magdeleine y Maurice Paz, y en el que ya había colaborado. Progresivamente va

quedando solo y aislado. De los opositores, para 1928 sólo Serge y Alexandra Bronstein estaban libres en Leningrado, a excepción de Andrés Nin (extranjero) y Boris Eltsin, uno de los fundadores del partido en 1903 y ex presidente del Soviet de Ekaterinburg, ya estaba muy enfermo. Muchos se desmoralizan y prefieren entrar en el régimen antes que permanecer en la inacción de la deportación. Piatakov y Smilga se plegaron a este movimiento. El grupo de Serge permaneció, luego de 1930, incomunicado, en un virtual estado de muerte política. En 1933 es arrestado nuevamente pero logra escapar a la muerte gracias a la intervención de intelectuales como Romain Rolland y André Malraux. Aparentemente, Rolland habría intercedido en su favor ante Stalin, cuando visitó Moscú.

En 1936 fue liberado, pero obligado a abandonar la URSS. Estuvo en Bruselas y luego en París hasta 1940, cuando los nazis invadieron la ciudad. Sin un centavo, pasó a Marsella, desde donde intentó, durante meses conseguir una visa que le permitiera salir antes de ser apresado por la Gestapo. Estados Unidos se negó a admitirlo y, a último momento, México, le ofreció refugio. Allí llegó en 1941 y fue recibido por Julián Gorkin, con quien compartió sus últimos años. En 1937 inició una serie de discusiones con Trotsky que lo llevaron a la ruptura en 1938. Mientras la preocupación de la Oposición de Izquierda era la creación de un nuevo partido, con un programa claro, Serge defendía el acercamiento al POUM, a las tendencias anarquistas y a todos los que procuraran combatir el régimen de Stalin, con la idea de crear una especie de movimiento laxo. Participó de la fundación del POUM y de la vida del partido, a pesar de las advertencias de Trotsky. Como defensa, ensayó una crítica a la política bolchevique en Kronstadt, a lo que siguió una encendida defensa de todo lo actuado por parte del creador del Ejército Rojo.

La diferencia principal entre ambos residía en la caracterización del stalinismo. Para la IV<sup>o</sup> Internacional, la revolución había encontrado su Termidor, pero mantenía la misma base proletaria

del Estado. Por lo tanto, no había una nueva clase dominante ni la revolución había sido derrotada. Se trataba, en todo caso, de un bonapartismo, asistido por la derrota de la revolución en Europa. En ese contexto, la defensa incondicional de la URSS ante cualquier ataque se volvía un punto central del programa. Serge, en cambio, eludía la definición de clase del stalinismo y se refería a él como un “totalitarismo”, una definición más bien formal, lindante con el liberalismo y que lo acercaba más a Hannah Arendt que al socialismo.

Es indudable que, en esos difíciles años, las relaciones de fuerza entre las clases y sus programas parecían conducir abrupta e indefectiblemente a la desmoralización y a las actitudes desesperadas: la derrota de las revoluciones en Occidente, la masacre de los revolucionarios en la URSS, el nazismo en media Europa, el patriotismo en la otra mitad, la clase obrera marchando a la guerra en nombre de uno y otro y, para colmo, un mundo que se niega a dar refugio a los pocos bolcheviques que quedan, cuya vida pende de un hilo en cualquier lugar donde estén. Serge, por su parte, había arrastrado una serie de diferencias que permanecieron sofocadas. Era un defensor de la organización y de la necesidad de una dirección, pero tuvo cierta reticencia a la centralización en la vida del partido y del Estado durante el “comunismo de guerra”. Sostuvo estas medidas en tanto las consideraba una necesidad impuesta por la guerra. No obstante, lo que es realmente un acierto y una ventaja del programa, para Serge era un defecto que había que tolerar, dadas las circunstancias. Su propio desempeño le evitó tener que enfrentarse directamente con el problema: nunca accedió a puestos ejecutivos de alta responsabilidad y nunca ingresó en el nervio del partido. Es cierto que el partido se había llenado de arribistas, pero esos males requieren enfrentar el problema y demostrar la superioridad de los verdaderos revolucionarios en las tareas concretas.

Durante toda su vida, soportó estoicamente varias derrotas y más de un fracaso. Siempre se sostuvo y sostuvo a sus compañeros.

Demostró haber sido dueño de un temple inquebrantable y, ante cada caída, buscó elaborar un balance serio. Es cierto, también, que todas sus derrotas se inscribieron en momentos en que la clase obrera mostraba una capacidad de incrementar o reconstruir sus fuerzas. En ese contexto, cuando todo parecía perdido, siempre aparecía una luz al final del túnel (la revolución en Rusia, en Alemania, en Austria o en España). Muchas veces, las heridas que no puede cerrar la convicción programática, son suturadas por la lucha de clases. Pero en aquellos años finales de la década del '30 eso ya no era posible. Y nada cambió a comienzos de los '40.

En México, hasta su muerte, en 1947, Serge se debatió entre la producción intelectual y la miseria. Era joven aún, pero su corazón estaba enfermo, producto de la mala vida en las cárceles y de la angustia. La altura de la capital mexicana no era lo mejor para su salud, pero no tenía alternativa. Una noche, luego de despedir a Gorkin, sintió un dolor profundo en el pecho. Pidió un taxi sin dinero y suplicó para que lo llevara al hospital. En el viaje la vida abandonó su cuerpo. El taxista lo dejó en una morgue explicando que había encontrado un mendigo. Su calzado estaba destrozado.

Su herencia escrita incluye siete novelas, dos volúmenes de poesía, tres *nouveles*, una colección de relatos cortos y un sinnúmero de trabajos y panfletos de historia y política, incluyendo biografías de Lenin, Stalin y Trotsky.<sup>4</sup>

## La obra

Lenin explicaba que el partido de la revolución, el partido del futuro, tiene que prepararse para tres tareas. La primera es convencer

---

<sup>4</sup>Por razones de espacio, no podemos enumerar su extensa bibliografía. Remitimos al lector a la página web <http://www.fundanin.org/bibserge.htm>, donde se encuentra la bibliografía completa, con las ediciones en castellano.

a la mayoría de la clase obrera de lo adecuado de su programa, su estrategia y hasta de sus tácticas. Es decir, lograr la hegemonía en el seno del proletariado. La segunda es la conquista del poder, la toma del Estado y el aplastamiento de la resistencia de la burguesía. Por último, la tarea más dura, organizar la nueva sociedad. Este libro trata sobre un período en el que el partido bolchevique tuvo que enfrentarse con todo ello. Muchas veces, simultáneamente.

La vigencia de la obra no reside en la recolección de detalles. La Revolución Rusa, despojada del dramatismo de lo inmediato, es un cúmulo de enseñanzas. Allí, las teorías, estrategias y hasta las tácticas son probadas en el duro tribunal de la historia. En ese sentido, hay dos preguntas que recorren el texto. La primera es cómo pudo triunfar la revolución y cómo pudo ella gobernar el país más atrasado, más poblado de Europa y el más extenso del planeta. La segunda es cuáles fueron los límites al desarrollo de la revolución en el resto de Europa, que impactaron en el propio desenvolvimiento de Rusia. Todo un capítulo está dedicado a la revolución en Alemania. En una fecha tan temprana como 1925, Serge estaba preocupado por entender el estancamiento de la revolución y de buscar sus embriones en aquel primer año de batalla por la conquista y estabilización del poder. Se trata entonces de dos grandes problemas que pueden verse a través del desarrollo de tres tareas (convencer, conquistar, administrar) en sus tres niveles (masas, partido, dirección).

Serge agrega un factor importante a este conglomerado: la burguesía rusa y su debilidad económica y política. Su estudio muestra su relevancia a la hora de establecer comparaciones con otros procesos, como el alemán. Su incapacidad para establecer una hegemonía sobre el conjunto de la sociedad explica el menor peso de la tradición reformista en el proletariado y la pequeño burguesía rusa. Se entiende, en contraste, la enorme penetración del populismo, el terrorismo y las diversas formas que adquiere la conciencia pequeñoburguesa en un país con predominio de la población agraria y en

un campo plagado de pequeñas propiedades. Las duras condiciones impuestas por la autocracia a la vida política también impidió la formación de un partido burgués de masas (como el peronismo) que mantuviera, durante un tiempo vital, la fidelidad de las mayorías a pesar de lo que hiciera su dirección (como en Alemania). En ese sentido, los explotados habían desarrollado un espíritu combativo, pero “desinstitucionalizado” y, por lo tanto, con mayor flexibilidad para abandonar un programa e incorporarse a otro.

Las masas ocupan un lugar central en el análisis de la revolución. Muchas veces, los estudios sobre las revoluciones se limitan a la descripción y a la crítica de las posiciones públicas de cada partido. No está mal: los partidos son el elemento activo y son quienes disputan la dirección de las clases. Pero se arrastra la deficiencia de suponer a una clase obrera homogénea, que generalmente no quiere otra cosa que la revolución (y uno debería preguntarse por qué no la hace). Una especie de telón de fondo inmóvil y pasivo a la espera de la dirección correcta (soslayando que toda la discusión reside en el contenido concreto a esa palabra). El resultado son análisis simplones, religiosos y vacíos.

Lo que importa entender de esas masas es su diversa conciencia política y fuerza moral, para trabajar con ella y sobre ella. La clase obrera rusa había dado muestras de una gran combatividad y un alto espíritu antiestatal. La dominación nacional de la Rusia Blanca sobre un vasto territorio había estimulado los separatismos y la aversión al poder central. Toda esa energía sirvió de apoyo a los bolcheviques en los primeros momentos. El Partido Bolchevique era pequeño en relación al tamaño del país y su población. Todo lo que el partido no pudo hacer por sí mismo fue entregado a la iniciativa de las masas. En ciertos lugares, esas tareas implicaban la formación de soviets, las expropiaciones, los tribunales y la formación de guardias rojas. La positiva respuesta fue lo que le dio vida al futuro. Esa respuesta fue liderada por toda una serie de cuadros medios, anónimos pero educados.

Hablar de “las masas” es hablar de su conciencia y fuerza moral. Estas dos cosas son una expresión de la relación de fuerza entre las clases. Lenin sabía que la supervivencia de la revolución y de los bolcheviques en el poder dependía de la vitalidad y energía del proletariado, no de otra cosa. Agotadas una y otra, la revolución iniciaría la curva descendente, por más sagacidad que tuvieran sus dirigentes. Sin piezas, no gana ni el mejor ajedrecista. No todos en el partido eran Lenin, ni todos Trotsky, pero no puede negarse que todos cumplieron una labor a la altura de las tareas. En la fase de ascenso se absorbió los mejores elementos que daba la revolución (Trotsky) y se depuró de los peores. Bajo una férrea y lúcida conducción, el partido mostró ser flexible e implacable.

Las distancias, las resistencias y la rebeldía anarquizante propia de la situación se convirtieron en grandes enemigos de la revolución cuando llegó el momento de organizar el país. Lenin debió librar un enorme combate por crear una cultura del trabajo y de obediencia al Estado. Hasta el momento, el país, las fábricas y el Estado habían sido propiedad de otros. El partido les había enseñado a despreciarlos. Ahora el proletariado debía entender que todo eso era suyo y debía cuidarlo. El partido mismo se había educado en las tradiciones de agitación, de oralidad y de escritura, donde las cuestiones administrativas habían sido importantes, pero subordinadas. Ahora, todo dependía de una buena administración.

La revolución en Rusia no tenía posibilidad de triunfar realmente sin la ayuda de la revolución mundial. En especial, de Alemania. Con todo, la revolución, como proceso mundial, arrastraba una deficiencia: el desigual desarrollo de las clases y de su dirección. La clase obrera de los países centrales había sido educada en el reformismo. No se había desarrollado una dirección revolucionaria a nivel mundial homogénea, colectiva. El internacionalismo había sido minoritario y las diferencias entre Lenin y los espartaquistas alemanes no eran menores. Dentro del bolchevismo, sólo Lenin había sido capaz de ver algo tan elemental como que no se podía

apoyar al gobierno provisional de Kerensky. Alemania era un país no sólo más poderoso, era más pequeño, con mejores comunicaciones, con población más homogénea, con una clase obrera más compacta, educada y disciplinada. Rusia era todo lo contrario. Sin embargo, la batalla crucial estalló allí, donde era más fácil tomar el poder que mantenerlo. La guerra civil, las necesidades imperiosas, el bloqueo y la amenaza exterior no permitieron tampoco al partido bolchevique ayudar como hubiera querido a la revolución alemana. A diferencia de la burguesía rusa, la alemana no enfrentó a las tropas cuando estas retrocedieron fatigadas, sino que se apuró a hacer la paz. Respaldó a la socialdemocracia evitando su ruptura, mientras expulsó al principal dirigente bolchevique (Ioffe).

La revolución no puede considerarse realmente victoriosa hasta que no cumple con sus tareas. En ese sentido, la revolución socialista tomó el poder en un país, luego en otros tantos, pero no pudo destruir las relaciones capitalistas en su conjunto. Luego de un impasse, éstas se terminaron imponiendo. La derrota puso a muchos revolucionarios en retirada y a la reacción en ascenso: el socialismo era cosa del pasado, la experiencia soviética no había sido sino una pesadilla que terminó mal. Sin embargo, las derrotas no marcan el fin de la era de la revolución, sino sólo su comienzo.

La obra de Serge devuelve vida a la Revolución Rusa. En ella, las masas, el partido y la dirección no son homogéneas ni permanecen estáticas: se mueven, cambian su fisonomía, combaten entre sí, se dividen, depuran y recobran unidad. Se señalan allí la lucha de tendencias en el seno de la clase obrera, en la dirección de la revolución y en la misma dirección del partido. El libro tiene el mérito de explicar que, aún en los momentos más álgidos de la revolución, los bolcheviques no eran mayoría absoluta entre las masas, pues subsistía aún una fuerte y nada despreciable corriente socialrevolucionaria (populista). Esta fuerza fue reconocida por el mismo Lenin, que insistió para que el primer decreto sobre la cuestión agraria contemplara el programa de ese partido. Por lo tanto,

había que continuar la lucha ideológica. La represión a las huelgas y a las “cooperativas” por parte del poder soviético, la necesidad de cambiar la orientación y hasta el nombre del partido que impone Lenin en plena revolución, la escisión latente en el seno del Comité Central (con la renuncia de su máximo dirigente incluida) a partir de los acuerdos de paz, los inevitables desbordes y la frustración por no poder organizar regiones enteras, muestran una historia cruda y desgastante.

Crear que los acuerdos presentes serán garantía de los futuros, que los partidos presentes no sufrirán profundas transformaciones, que no habrá que hacer la revolución *contra* algunos elementos o fracciones de la clase obrera y que la revolución se desarrollará en forma lineal y armónica es una mitología que hay que desterrar. Lo que hay que mirar, en todo caso, es qué tendencias hay que combatir y qué capas o fracciones de la clase obrera habrá que enfrentar. El predominio de lo dinámico sobre lo estático y lo contradictorio sobre la homogeneidad no es una preferencia filosófica del autor, es la forma en la cual la realidad se movió en este caso y no hay forma de entenderla sin aceptar estos datos elementales. Esa es una de las máximas virtudes de la obra: no se hacen concesiones al sentido común. Una de las máximas, porque la que se lleva todas las palmas es haber escrito todo esto en 1925.

## Para seguir leyendo (y viendo)

Sobre la Revolución Rusa, hay toda una biblioteca. Reproducirla aquí no tendría sentido. Presentaremos una selección de obras que resultan imprescindibles para un conocimiento abarcador, en particular de los problemas del primer año.

La mejor obra sobre el tema es *Historia de la Revolución Rusa*, de Trotsky, publicada por esta misma editorial. También puede consultarse una versión muy abreviada llamada *Lecciones de octubre*. Por último, del mismo autor vale la pena leer su biografía de Stalin, en dos tomos. Para un conocimiento fáctico indispensable vale la pena leer los tomos de la colección de Carr, *Historia de la Rusia Soviética*. El libro de Marc Ferro: *La revolución rusa* (Barcelona, Laia, 1975) también es un aporte importante. El IPS, centro de estudios del PTS, ha recopilado muy cuidadosamente los escritos de Trotsky sobre diversos temas. *1917, Cómo se armó la revolución (escritos militares)* y *Cómo hicimos la Revolución Rusa* se encuentran entre los más interesantes.

Para entender la lucha ideológica, puede consultarse Herzen, Aleksandr: *El desarrollo de las ideas revolucionarias en Rusia*, México, Siglo XXI y un clásico: Venturi, Franco, *El populismo ruso*, Madrid, Alianza, 1981. Para conocer los hombres, nada mejor que la biografía de *Lenin*, de Lukács, editado por nuestro sello. También puede consultarse Treadgold, Donald: *Lenin y sus rivales*, Buenos Aires, Agora, 1957. Por último, una biografía de *Lenin* por Trotsky, editada por el IPS.

Para los debates económicos, puede leerse:

Bujarin y Preobrajensky: *La acumulación socialista*, Madrid, Alberto Corazón, 1971.

Nove, Alec: *Historia económica de la Unión Soviética*, Madrid, Alianza, 1973.

Dobb, Maurice: *Ensayos sobre capitalismo, desarrollo y planificación*, Madrid, Tecnos, 1973.

Al igual que la ciencia, el arte ha dado innumerables obras dedicadas a la revolución. Vamos con las más importantes de las que se refieren a la revolución rusa y que son, sobre todo, accesibles: de Serguei Eisenstein: *Octubre* (1928) y *Lo viejo y lo nuevo* (1929). Dos clásicos del cine mudo. *La tierra* (1930), de Alexander Dovtchenko. De Dziga Vertov: *Cine Ojo* (1924), y *Tres canciones para Lenin* (1934). La primera, una reflexión sobre la lucha de clases en la cultura. Cerramos los clásicos del cine soviético con *El fin de San Petersburgo* (1927), de Vsevolod Pudovkin.

Ya con el cine sonoro, podemos entrar en la guerra civil con *El cuarenta y uno* (1956), de Grigori Chukhrai, *Los rojos y los blancos* (1967), de Miklós Jancsó y *Esclava del amor* (1976), de Nikita Mikhailov. También se recomienda *El día 25, el primer día* (1968), de Yury Norshteyn y Arkady Tyurin. Más recientemente, el cine ruso ha producido *El almirante* (2008), de Andrey Kravchuk, sobre la vida de Kolchak y *Taurus* (2001), de Alexandr Sukurov, sobre los últimos días de Lenin.

Podemos rescatar de Hollywood la película *Reds* (1981), de Warren Beatty, sobre la vida de John Reed, con Diane Keaton. Visiones más reaccionarias aparecieron con *Anastasia*, con la cual los estudios Disney se encargaron de aleccionar a los chicos. De igual tenor es *Doctor Zhivago* (1965), de David Lean, con Omar Sharif, sobre la novela de Boris Pasternak.



## *Prólogo*

He procurado presentar en este libro un cuadro verídico, vivo y razonado, de las primeras luchas de la revolución socialista rusa. Siendo mi principal deseo el poner de relieve ante los ojos de los proletarios las enseñanzas de una de las épocas más grandes y decisivas de la lucha de clases en los tiempos modernos, no me era posible hacer otra cosa que exponer el punto de vista de los revolucionarios proletarios. Esta actitud mía tendrá para el lector ajeno a las doctrinas comunistas la ventaja de darle a conocer cómo comprendían y cómo comprenden la revolución quienes la hicieron.

La pretendida imparcialidad de los historiadores no pasa de ser una leyenda, destinada a consolidar ciertas convicciones útiles. Bastarían para destruir esta leyenda, si ello fuese necesario, las obras que se han publicado acerca de la gran guerra. El historiador pertenece siempre “a su tiempo”, es decir, a su clase social, a su país, a su medio político. Sólo la no disimulada parcialidad del historiador proletario es hoy compatible con la mayor preocupación por la verdad. Porque únicamente la clase obrera obtendría toda clase de ventajas, en toda clase de circunstancias, del conocimiento de la verdad. Nada tiene que ocultar, en la historia por lo menos. Las mentiras sociales siempre han servido, y sirven todavía, para engañarla. Ella las refuta para vencer, y vence refutándolas. No han

faltado, sin duda, algunos historiadores proletarios que han acomodado la historia a ciertas preocupaciones de actualidad política. Al hacerlo se han plegado a tradiciones que no son las suyas y han sacrificado los intereses superiores y permanentes de su clase a ciertos intereses parciales y pasajeros. Me he guardado mucho de imitarlos. Si acaso he llegado a deformar la verdad en algunos puntos, lo que es probable, ha sido sin darme cuenta, por no disponer de datos suficientes o por error.

Tal cual es este libro resultará, sin duda alguna, muy imperfecto. Absorto en otros trabajos, entregado a la vida de militante en una época bastante accidentada, no he dispuesto nunca del ocio tranquilo que es necesario para el estudio de la historia. Por idénticas razones, no suelen, los que hacen la historia, tener la oportunidad de escribirla. Por otra parte, tampoco la materia se encuentra a punto. Los hechos son demasiado recientes, demasiado palpitantes; las cenizas del brasero están calientes todavía, queman si se acerca a ellas la mano... Existe en Rusia, acerca de la revolución de octubre, una literatura más abundante que rica. Memorias, relatos, notas, documentos y estudios parciales salen profusamente a la luz pública. Pero es necesario confesar que no hay nada más difícil que sacar partido de esta inmensa documentación, demasiado subordinada a propósitos de agitación, y en la que faltan casi por completo las obras sistemáticas, de conjunto. La historia de los partidos, de la guerra civil, del Ejército rojo, del terror, de las organizaciones obreras, no ha llegado siquiera a esbozarse. No se ha publicado en la URSS -y no hay por qué sorprenderse de ello- una historia a fondo de la revolución, aparte de algunas obras que sólo son un compendio de la misma. Los únicos que han abordado a fondo algunos de los problemas que a ellos les afectan son los escritores militares. En estas condiciones, las memorias, a las que es indispensable recurrir, presentan grandes fallas. Los revolucionarios no pasan de ser, en el mejor de los casos, unos medianos cronistas; además, casi siempre han tomado la pluma con un fin preconcebido, a

saber: conmemorar algún aniversario, rendir homenajes, polemizar y aun deformar la historia de acuerdo con las conveniencias de determinados intereses del momento. Los trabajos parciales, como, por ejemplo, las monografías locales, presentan pocas garantías científicas.

Me he esforzado, pues, por buscar el rasgo característico aprovechando la mayor parte de esta documentación. Para dar al lector elementos muy concretos de apreciación he reproducido profusamente detalles y citas. Me he limitado a indicar mis fuentes de información cuando he aprovechado ciertos trabajos anteriores que ofrecen un valor real, y cuando he creído útil subrayar la autoridad de un testimonio, y, finalmente, con el propósito de facilitar al lector el trabajo de investigación.

He de proseguir estos trabajos en cuanto me sea posible. Quedaré muy reconocido a los lectores que reclamen mi atención sobre los puntos incompletos de esta obra, así como sobre aquellos temas que crean conveniente esclarecer. Conviene que fijemos aquí lo que representa el año I en la historia de la revolución.

El año I de la revolución proletaria -o sea, de la República de los Soviets- empieza el 7 de noviembre de 1917 (el 25 de octubre, según el antiguo calendario) y se cierra, como es natural, el 7 de noviembre de 1918, en el momento en que estalla la esperada revolución alemana.

Existe una coincidencia casi perfecta entre el calendario y la primera fase del drama histórico, que se inicia con la insurrección victoriosa y termina con la extensión de la revolución a la Europa central. Vemos entonces plantearse, por primera vez, todos los problemas que está llamada a resolver la dictadura del proletariado: organización de los abastecimientos, organización de la producción, defensa interior y exterior, actitud hacia las clases medias, los intelectuales, los campesinos, y vida del partido y de los Soviets.

Propondríamos que se llamase a esta primera fase *las conquistas del proletariado*, a saber: toma del poder, conquista del territorio,

conquista de la producción, creación del Estado y del ejército, conquista del derecho a la vida...

La revolución alemana abre la fase siguiente, la de la *lucha internacional* (o más concretamente, la de la *defensa armada -defensa agresiva en ciertos momentos- del hogar de la revolución internacional*). En 1919 se forma la primera coalición contra la República de los Soviets. Pareciendo a los aliados insuficiente el bloqueo, fomentan la formación de Estados contrarrevolucionarios en Siberia, en Arkhangelsk, en el Mediodía, en el Cáucaso. Durante el mes de octubre de 1919, al finalizar el año II, la República, asaltada por ejércitos blancos, parece estar a punto de sucumbir. Kolchak avanza sobre el río Volga; Denikin, después de invadir Ucrania, avanza sobre Moscú; Yudenich avanza sobre Petrogrado, apoyándose en una escuadra inglesa. Un milagro de energía da la victoria a la revolución. Continúan reinando el hambre, las agresiones, el terror, el régimen heroico, implacable y ascético del “comunismo de guerra”. Al año siguiente, en el momento en que acaba de decretarse el fin del terror, la coalición europea lanza a Polonia contra los Soviets. El Ejército Rojo llega al pie de las murallas de Varsovia, en el momento mismo en que la Internacional Comunista celebra en Moscú su segundo congreso, y alza sobre Europa la amenaza de una nueva crisis revolucionara. Termina este período en los meses de noviembre-diciembre de 1920 con la derrota de Wrangel en Crimea y con la paz con Polonia. Parece haber terminado la guerra civil, pero el levantamiento de los campesinos y la insurrección de Kronstadt ponen brutalmente de manifiesto el grave conflicto entre el régimen socialista y las masas del campo.

En 1921 se abre una tercera fase, que podríamos llamar la de la *reconstrucción económica*, que se inicia con la nueva política económica (llamada, en abreviatura, la NEP) y que acaba en 1925-26 con la vuelta de la producción al nivel de la anteguerra (aunque con una cifra de población superior). Recordemos en breves palabras en qué consistía la NEP. Después de las derrotas sufridas por